BRECHA DE MISILES

PREMIO LOCUS 2007

Traducción de Raúl Gonzálvez

Capítulo 1
Amenaza de Bombardeo

Gregor está alimentando a las palomas cuando la alarma comienza a sonar.

Gregor, con traje oscuro, delgado, de unos cuarenta y tantos años, hombros encorvados y piel muy blanca al principio no le presta atención a las sirenas. En ese momento los pájaros acaparan toda su atención. Gregor permanece de pie junto a un sendero de asfalto rodeado por hierba húmeda, que parece haber sido rociada con polvo de hormigón, y busca el último puñado de migas de pan duro en el bolsillo exterior de su gabardina. Las palomas de ciudad, sucias, tiznadas de hollín y con patas malformadas, empujan a las palomas torcaces de cuello blanco, picotean y se abalanzan sobre ellas por los pedazos de pan. Gregor no sonríe. Lo que para él es un puñado de pan, constituye un asunto de vital importancia para los pájaros, una cuestión de supervivencia. Gregor medita acerca de esa lucha aviar por la supervivencia y su analogía con la condición humana. Todo es cuestión de recursos limitados y de una ubicación crucial; de la intervención de agentes, situados más allá del entendimiento propio de sus cerebros de ave, que les brindan manjares por los que pelearse. Entonces las sirenas antiaéreas comienzan a sonar.

Las palomas se dispersan por las copas de los árboles con un estrépito de alas. Gregor se endereza y mira a su alrededor. Ni se trata de una única sirena ni de un simulacro de ataque aéreo. Un policía montando en bicicleta pedalea por el sendero en dirección a él, agitando una mano en su dirección.

—¡Eh, usted, póngase a cubierto!

Gregor se gira y le entrega su identificación personal.

—¿Dónde está el refugio más cercano?

El agente de policía señala en dirección a unos aseos públicos ubicados a unos treinta metros.

—En ese sótano de allí. Si no consigue entrar, tendrá que cobijarse tras el muro oriental y si le pilla al descubierto, agáchese y resguárdese en algún desnivel que tenga cerca. ¡Ahora márchese!

El policía vuelve a subirse en su bicicleta *boneshaker* y se aleja por el camino antes de que Gregor logre articular una respuesta. Con una sacudida de cabeza, camina hacia los aseos públicos hasta internarse en ellos.

Es la mañana de un día laborable a comienzos de primavera, y el encargado de los aseos parece tomarse la urgencia como un comentario personal sobre la limpieza de la porcelana de sus sanitarios. Da saltitos inquietos y empuja a Gregor escalera de caracol abajo hasta el refugio, como si fuera un gnomo bajito ataviado con un uniforme azul que abastece su despensa.

—¡Tres minutos! —grita el gnomo—. ¡Agárrese fuerte en tres minutos!

Hoy en día hay tanta gente que lleva uniformes en Londres, medita Gregor, que es casi como si creyeran que si desempeñan correctamente su papel en tiempos de guerra, lo inefable se ajustará a sus expectativas de un enemigo humanamente comprensible.

Un estrépito doble rasga el aire sobre el parque y resuena hasta llegar al hueco de la escalera. Será la salida de aviones interceptores de la RAF o de la USAF desde la gran base de cazas situada cerca de Hanworth. Gregor echa un vistazo a su alrededor. Ve a un par de jardineros zafios, sentados en los bancos de madera en el interior del túnel de hormigón del refugio y a un sujeto vestido con traje, uno de esos tipos con fama de chanchulleros que trabaja en el centro financiero de Londres. Está apoyado contra la pared y juguetea malhumorado con un cigarrillo mientras lanza miradad de odio hacia las señales de PROHIBIDO FUMAR.

—Menudo fastidio, ¿eh? —dice gruñendo mientras mira en dirección a él. Una leve sonrisa se dibuja en el rostro de Gregor, quien responde «no sabría decirle» con un acento húngaro que traiciona su estatus de refugiado. (Otro estruendo sónico sacude los urinarios e indica así el paso de más cazas). El hombre de negocios con mala pinta debe de ser su contacto, Goldsmith. Le echa un vistazo al contador del refugio. El indicador del dial gira lentamente indicando la ausencia de radón y lluvia radiactiva. Es momento de entablar una conversación trivial, una especie de acicalamiento de primates verbal:

—¿Sucede a menudo?

El empresario bravucón se relaja y ríe para sus adentros. Habrá etiquetado a Gregor como a un visitante de tierras lejanas, seguramente de los nuevos dominios de la OTAN en el extranjero donde han acomodado a la última oleada de refugiados expulsados por los comunistas. Al fijarse en la copia de *The Telegraph* en posesión de Gregor, así como del estampado a rayas de su corbata, el hombre de negocios se habrá dado cuenta de que es lo que les une a Gregor y a él.

—Usted debería saberlo, ha tardado lo suyo en llegar aquí. ¿Viene a menudo para visitar la primera línea del frente?

—Estoy aquí con ustedes en este búnker —exclama Gregor encogiéndose de hombros—. En una superficie circular no existe primera línea. Con cautela, se sienta en el banco frente al empresario. —¿Un cigarrillo?

—Si no le importa. —El hombre de negocios toma prestada la pitillera de Gregor con un gesto triunfal. Una vez aceptado ese simbólico ofrecimiento de paz, ambos permanecen sentados en silencio durante varios minutos, a la espera de descubrir si se trata de la llamada a escena para la Cuarta Guerra Mundial o solamente de su avance.

Una nota distinta se propaga hasta el hueco de la escalera, es el tono gorjeador que indica vía libre. Los bombarderos soviéticos

han vuelto a casa después de haberle hecho cosquillas de nuevo a la cola achaparrada del león desgreñado. El gnomo de los aseos corre hacia el hueco de la escalera agitando los brazos hacia ellos como si fuera un molino:

—¡Está prohibido fumar en el búnker nuclear! —grita—. ¡Fuera de aquí! ¡Largo, he dicho!

Gregor regresa a Regent's Park para terminar de deshacerse de las migas de pan duro y llevar el contenido de su pitillera de vuelta a la oficina. El empresario aún no lo sabe, pero va a ser arrestado y su camarilla de ingleses nacionalistas/neutralistas recluida. Mientras tanto, Gregor será llamado de nuevo a Washington DC. Esta es su última visita, al menos durante esta misión en particular. Se avecinan tiempos difíciles para las palomas torcaces.

Capítulo 2
El Viaje

Es una noche sin luna y el inmenso remolino teñido de rojo de la Vía Láctea yace bajo el horizonte. Está demasiado oscuro para leer el periódico, pues la única iluminación con la que se cuenta es con el resplandor blanco y rojizo del puntito blanco que es Lucifer.

Maddy es lo suficientemente mayor como para recordar una época en la que la noche era distinta, la oscuridad cubría sigilosamente el cielo y la Vía Láctea era un jirón hilado y marchito esparcido por medio firmamento. Una época en la que las ominosas esferas soviéticas emitían pitidos y canturreaban a su paso por el horizonte que se doblaba, cuando pi dominaba la geometría, la astronomía tenía sentido y los hombres serios con gafas de concha y acento alemán pensaban en ir a la Luna. Dos de octubre de 1962, ese el día en que todo cambió, el momento en que la vida dejó de tener sentido. (Por supuesto había perdido todo sentido por primera vez unos días antes, cuando los U—2 sobrevolaron los emplazamientos de misiles en Cuba, pero había diferencias entre la locura de una política arriesgada — léase los golpes en la mesa de Naciones Unidas que Kruschev dio con su zapato al grito de «¡os enterraremos!»— y la posterior ensoñación de una Tierra plana, la destrucción de la Historia y la inmersión total en esta pesadilla de geografía revisionista).

Pero volvamos al aquí y ahora, Maddy se encuentra sentada en la cubierta de un viejo transatlántico en su viaje de alguna parte a ninguna, enfadada porque Bob está emborrachándose con los mu-

chachos de la cubierta F, gastándose de nuevo la preciada subvención que les fue concedida. Está demasiado oscuro para leer la hoja informativa diaria del barco (titulares borrosos mimeografiados, procedentes de un mundo que ya empieza a desvanecerse en la estela del barco). Pasarán al menos dos semanas hasta la próxima recalada (que acontecerá en un depósito de reabastecimiento en algún punto de lo que los topógrafos de la ANOA, la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica, denominaban, en una muestra de ingenio sin precedentes, el Océano Profundo) y Maddy está aburrida como una ostra.

Cuando se apuntaron para conseguir los billetes a fin de emigrar, Bob había bromeado: «¿Un crucero de seis meses? ¡Después de unas vacaciones así nos alegraremos de volver a trabajar!». Pero, de alguna manera, la absoluta enormidad de la situación no caló hasta la cuarta semana sin avistar tierra. En esas cuatro semanas atravesaron lentamente una extensión de océano superior al Pacífico y solamente se detuvieron en dos ocasiones a repostar de barcazas herrumbrosas. Sin embargo, solo llevaban recorrida una sexta parte del viaje hasta el continente F—204, Nueva Iowa, inmersos como la mayor de las incongruencias en el océano que sustituyó los horizontes del mundo el 2 de octubre de 1962. Dos semanas después cruzaron Los Radiadores, que se abren paso desde las profundidades oceánicas hasta la estratosfera, aletas negras tan altas como el Everest que peinan con sus dedos las corrientes acuosas. Más allá de ellos, el calor tropical del Pacífico daba paso al frío subártico del Océano Profundo. Al navegar entre ellos, el barco quedaba reducido a las proporciones de una cucaracha que avanzaba lentamente por un cañón situado entre rascacielos. Maddy le había dedicado una mirada a estos guardianes del océano interplanetario, se había estremecido y retirado después a su estrecho camarote, en el que había permanecido durante los dos días que tardaron en rebasar los bloques.

Hasta que Maddy le regañó, Bob no dejó de hablar sobre el hecho de que los científicos de materiales de la ANOA seguían tra-

tando aún de comprender de qué estaban compuestos los bloques. Bob parecía no entender que representaban los barrotes de una celda. Lo que él veía como un canal navegable tan ancho como el Canal de la Mancha y una puerta hacia el futuro, Maddy lo interpretaba como un indicio de que su vida pasada había llegado a su fin.

Ojalá su padre y Bob no hubieran discutido. Ojalá su madre no hubiera intentado discutir con ella sobre Bob. Apoyada en la barandilla, Maddy suspira y un instante después se lleva un susto tremendo cuando un hombre desconocido se aclara la garganta detrás de ella.

—Disculpe, no pretendía importunarla.

—No pasa nada —contesta Maddy tratando de ocultar su irritación. —Ya iba a abandonar la cubierta.

—Lástima, hace una noche preciosa —afirma el desconocido, que se gira y sitúa un maletín junto a la barandilla para manipular los cierres—. No hay ni una nube a la vista, perfecto para observar las estrellas—. Maddy se fija en él. Tiene pelo corto, una ligera panza y el rostro preocupado de un hombre de treinta y tantos. Absorto en algo parecido al trípode de un fotógrafo, el desconocido no le devuelve la mirada.

—¿Es un telescopio? —le pregunta ella a la vez que observa el aparato cilíndrico y achaparrado contenido en el estuche.

—Sí—. Se produce una pausa incómoda. —Me llamo John Martin. ¿Y usted?

—Maddy Holbright—. Algo en su actitud insegura hace que se sienta a gusto—. ¿Va usted también a los asentamientos? No le había visto por aquí.

John endereza el trípode, tensa las juntas de las patas y las atornilla hasta que quedan fijas.

—No soy un colono, sino un investigador. Dispongo de cinco años, con todos los gastos pagados, para investigar un nuevo continente—. Con cuidado, levanta el cuerpo del telescopio y lo coloca

sobre la plataforma. Después, procede a apretar los tornillos—. Se supone que tengo que apuntar al cielo con este artilugio y realizar observaciones regulares. En realidad soy entomólogo, pero hay tantas cosas que hacer que supongo que quieren que me convierta en un factótum.

—Así que le hacen cargar con un telescopio, ¿no? Creo que nunca he conocido a un entomólogo.

—Un cazador de bichos con telescopio es algo bastante inesperado— confiesa John mostrándose de acuerdo con ella.

Intrigada, Maddy lo observa mientras atornilla el visor en su sitio, después saca un cuaderno de notas y anota algo.

—¿A qué está mirando?

—Hay una buena vista de S-Doradus desde aquí —dice mientras se encoge de hombros—. Ya sabes, Lucifer y sus dos pequeños ángeles.

Maddy echa un vistazo al violento puntito luminoso, pero aparta la mirada antes de que pueda quemarle. Es una estrella, pero brilla lo suficiente como para formar sombras hasta medio año luz de distancia.

—¿Los discos?

—Sí —saca el cuerpo de una cámara de su bolsa, una Bronica rechoncha y vieja, de antes de que los soviéticos se tragaran toda Alemania y Suiza. Con cuidado la enrosca sobre el visor del telescopio—. El Instituto quiere que tome una serie de fotografías de ellos, nada glamuroso, tan sólo lo mejor que pueda conseguir con este reflector de ocho pulgadas, a lo largo de seis meses, para determinar la posición del barco en el mapa. Hay un telescopio más grande en la bodega para cuando llegue, y hablan sobre enviar un astrónomo de verdad uno de estos días, pero mientras tanto quieren fotografías a noventa y cinco mil kilómetros del disco. Para el paralaje, de modo que puedan calcular lo rápido que se mueven los discos.

—Los discos —a ella le parecían abstracciones distantes, pero el entusiasmo de John era difícil de ignorar—. ¿Crees que serán

como… eh.. esto? —ella no dice como en la Tierra, todo el mundo sabe que esto ya no es la Tierra. No del modo en que lo era antes.

—Quizá —se entretiene durante un minuto con un carrete de fotos—. Sabemos que hay oxígeno en sus atmósferas, sabemos eso. Y son lo suficientemente grandes. Pero aunque están casi a un año luz, mucho más cerca que las estrellas, sigue siendo demasiado lejos para los telescopios.

—O los cohetes lunares —dice ella ligeramente melancólica—. O los sputniks.

—Si esas cosas siguieran funcionando—. El carrete está dentro, John inclina el telescopio y lo dirige hacia el primero de los discos, a un par de grados de Lucifer (los discos son invisibles al ojo desnudo; se necesita un telescopio para ver el reflejo de su luz)—. ¿Te acuerdas de la Luna? —pregunta mirándola.

Maddy se encoge de hombros.

—Sólo era una niña cuando ocurrió, pero vi la Luna, algunas noches. Y durante el día también.

—No como los niños de hoy en día. Diles que solíamos vivir en una gran esfera rodante, y te mirarán como si estuvieras loco.

—¿Qué es lo que creen que les dirá las velocidades de los discos? —pregunta ella.

—Si tienen tanta masa como este; de qué podrían estar hechos. Qué es lo que nos pueden decir sobre quién los haya construido—se encoge de hombros—. Ni idea, sólo soy un cazador de insectos. Estos asuntos son mucho más grandes que los bichos—. Se ríe quédamente—. Hay todo un mundo nuevo allí afuera.

Ella asiente con seriedad y entonces lo ve realmente por primera vez.

—Sí, supongo que lo es.

Capítulo 3
Arriesgarse a Ir

—Dígame camarada coronel, ¿qué sintió en realidad?

El camarada coronel se ríe incómodo. Tiene cuarenta y tres años y conserva su aspecto delgado y aniñado, aunque lleva consigo una melancolía silenciosa como si fuera su nube de tormenta particular.

—Estaba muy ocupado todo el tiempo, —dice mientras se encoje de hombros con modestia—. No tenía tiempo para pensar en mí. Una órbita duraba sólo noventa minutos, ¿qué esperaba? Si de verdad quiere saberlo, Gherman es su hombre. Él tuvo más tiempo.

—Tiempo. —Su interrogador suspira y echa su silla hacia atrás apoyándola sobre dos patas. Es muy vieja, una valiosa Queen Anne auténtica, un regalo a algún que otro zar muchos años antes de la Revolución de Octubre—. Menudo chiste. Noventa minutos, dos días, eso es lo que tuvimos antes de que ellos nos cambiaran las reglas.

—¿«Ellos», camarada presidente? —El coronel parecía desconcertado.

—Quienes sean. —El ligero movimiento de mano del presidente enmarca medio horizonte de la ricamente panelada oficina del Kremlin—. Menudo chiste. Quienes quiera que fueran, al menos nos evitaron una buena paliza en Cuba por culpa de la sabandija de Nikita. —Hace una pausa y después juguetea con el vaso de vino que descansa, medio vacío, ante él. El coronel también tiene

un vaso, pero el suyo está lleno de mosto, en consideración con sus problemas pasados—. Los «quienes sean» a los que me refiero son, por supuesto, los hermanos socialistas de las estrellas que nos han traído hasta aquí. —Sonríe sin ganas, su rostro se arruga como el morro del tiburón cuando huele sangre en el agua.

—Hermanos socialistas. —El coronel esboza una sonrisa dudosa, se pregunta si se tratará de una broma, y de ser así, si le estará permitido compartirla. Sigue sin estar seguro de por qué el primer ministro lo está entrevistando y encima en su oficina privada—. ¿Sabemos algo de ellos, señor? Es decir, se supone que yo…

—Es igual —responde Aleksey con tono desdeñoso, restando importancia a las preocupaciones del coronel—. Sí, se le permite saberlo todo en lo referente a este asunto. El problema es que no hay nada que saber, y eso me preocupa a mí, Yuri Alexeyevich. Inferimos intencionalidad, el funcionamiento del motor de una historia más trascendental, pero la dialéctica se mantiene muda a este respecto. He consultado a los expertos, les he pedido que lean las entrañas de los pollos, pero ninguno es capaz de hacer otra cosa que repetir como un loro el dogma pre-evento: «cualquier especie tan avanzada como para hacernos lo que ocurrió aquel día ¡sin duda debe haber cultivado el Comunismo auténtico, camarada primer ministro! ¡Mire lo que hizo por nosotros!» (Eso lo dijo Schlovskii, por cierto.) Y sí, miro y veo seis ciudades en las que nadie puede vivir, naves que se niegan a mantenerse en el cielo, y un paisaje que Sakharov y ese atajo de listillos intelectuales no saben cómo explicarme. Hay jodidos milagros, maravillas y portentos en el cielo, como una galaxia de la que se supone que formábamos parte y que ahora parecer ser un millón de años más vieja, y muestra abundantes signos de que está siendo modificada. En nuestro mundo racional no hay sitio para milagros ni maravillas, y le está provocando úlceras estomacales al camarada secretario general, Yuri, al camarada secretario general, ¿lo sabía?

El coronel se puso derecho en su silla, anticipando la frase final chistosa: es un hecho sabido por todos a lo largo y ancho de la

URSS que cuando Brezhnev dice «rana», el primer ministro croa. Y allí está él, en el despacho del primer ministro, observando a ese mismo hombre, Aleksey Kosygin, presidente del Consejo de Ministros, el tercer hombre más poderoso de la Unión Soviética, respira profundamente.

—Yuri Alexeyevich, lo he traído hoy aquí porque quiero que colabore a que el estómago de Leonid Illich se recupere. Usted es aviador y un héroe de Unión Soviética, y lo que es más importante, es lo suficientemente listo como para realizar el trabajo y lo suficientemente joven como para completarlo, no como los carcamales que abarrotan Stavka. (Y va a llevar más de una vida catalogarlo, acuérdese de lo que le digo.) También es, disculpe mi franqueza, tan útil como una quinta rueda en su puesto actual: hemos de enfrentarnos a la realidad, y lo cierto es que ninguno de los pájaros de Korolev volverá a volar jamás, ni siquiera con el impulsor de bomba atómica ese en el que han estado trabajando. —Kosygin suspira y se estira en su asiento—. Sencillamente no hay razón para mantener el Centro de Formación de Cosmonautas. Se ha redactado un borrador de decreto y se aprobará la semana que viene: se va a poner fin al programa de cohetes tripulados y el cuerpo de cosmonautas será reasignado a otras tareas.

El coronel da un respingo.

—¿Es eso absolutamente necesario, camarada presidente?

Kosygin vacía su vaso de vino, y decide pasar por alto la crítica implícita.

—No tenemos recursos para malgastarlos. Pero, Yuri Alexeyevich, toda esa formación no está perdida. —Esboza una sonrisa de lobo—. Tengo nuevos mundos para que los explores, y una nave nueva para que lo hagas.

—Una nave nueva. —El coronel asiente y repite aturdido—. ¿Una nave?

—Bueno, no es un puñetero caballo, —dice Kosygin. Desliza una fotografía grande y brillante por encima del vade de la sobre-

mesa hacia el coronel—. Los tiempos han avanzado. —El coronel parpadea confuso mientras trata de encontrarle sentido a la cosa que aparece en el centro de la fotografía. El primer ministro observa su rostro, divertido para sus adentros: la primera reacción de todo el mundo ante la cosa de la fotografía es la misma, confusión.

—No estoy seguro de entenderlo, señor…

—Es bastante sencillo: usted está entrenado para explorar nuevos mundos. Pero no puede hacerlo, al menos no puede utilizando cohetes. Los cohetes jamás entrarán en órbita. He logrado que a los astrónomos les de un ataque de nervios intentando explicarme el por qué, pero todos coinciden en el punto clave: los cohetes no nos sirven para esto. Hay algo que no va bien con la gravedad, dicen que hasta aplasta la luz que llega de las estrellas. —El presidente golpea con un dedo carnoso la fotografía—. Pero usted lo puede hacer con esto. Nosotros lo hemos inventado y no los condenados americanos. Se llama Ekranoplano, y ustedes, los chicos de los cohetes, van a dejar de ser cosmonautas varados y van a aprender a hacerlo volar. ¿Qué piensa, coronel Gagarin?

El coronel silba sin melodía entre dientes: por fin ha entendido la proporción. Parece un barco volador con alas recortadas y motores de reacción pegados a ambos lados de la cabina del piloto, pero ningún barco ha escapado jamás de la gravedad terrestre llevando encima un par MiG-21.

—¡Es más grande que un crucero! ¿Funciona con energía nuclear?

—Por supuesto. —La sonrisa del presidente se desvanece—. Cuesta tanto como esos cohetes para la Luna de Sergei, coronel. Intente que no se le caiga.

Gagarin levanta la vista, sorpresa y temor visibles en su rostro.

—Señor, me siento honrado, pero…

—No lo esté. —Lo interrumpe el presidente—. Iba a ser ascendido de todos modos. La posición que viene con él le proporcionará tantos honores como esa primera órbita. Una segunda oportu-

nidad en el espacio, si lo prefiere. Pero no puede fallar: el coste es impensable. No es su pellejo el que pagará las consecuencias, es toda nuestra civilización racionalista. —Kosygin se inclina hacia delante con vehemencia—. Ahí fuera, en algún lugar, hay seres tan avanzados que pelaron la Tierra como si fuera una uva y la emplataron en este disco, o peor, nos copiaron hasta el nivel atómico y nos duplicaron como una de esas máquinas Xerox americanas. Sin embargo, no somos sólo nosotros. Sabe que existen otros continentes y océanos. Creemos que algunos también deben estar habitados, es lo único que tiene sentido. Su misión es llevar el *Sergei Korolev*, la primera nave de su clase, en un viaje histórico de cinco años de duración. Se aventurará audazmente donde ningún otro hombre de la Unión Soviética ha llegado jamás, explorará nuevos mundos y buscará nuevas gentes, y establecerá fraternales relaciones fraternales con ellos. Sin embargo, su principal objetivo es descubrir quién construyó esta ratonera gigante de mundo, y por qué nos trajeron a aquí, e informarnos antes de que lo descubran los americanos.

Capítulo 4
Comisión de Proceso

Los cerezos florecen en Washington DC, y Gregor suda con el calor del verano. Se ha hecho al frío relativo de Londres y este cambio de clima al que está poco acostumbrado lo ha desorientado. El jet-lag es ya algo del pasado, una pequeña muestra de misericordia, pero sigue habiendo ajustes que hacer. Como el disco es plano, la fuente de luz diurna, llamaradas polarizadas procedentes de un disco de acreción en el interior del agujero axial, como lo llaman los científicos, y que no significa nada para la mayoría de la gente, aumenta y disminuye igual independientemente de donde se encuentre la persona.

Hay un edificio de oficinas de cemento de estilo años sesenta con una sala de conferencias amueblada en ocre oscuro y naranja, sillas cromadas y grabados de Kandisky en las paredes: todo muy setentero. Gregor espera fuera de la sala hasta que suena el timbre y la recepcionista levanta la vista de detrás de la máquina de escribir IBM y dice:

—Ya puede pasar, le esperan.

Gregor entra. Es uno de los gajes del oficio, pero en ningún caso el peor, en su profesión.

—Siéntese. —Es Seth Brundle, el jefe de la división de Gregor, un funcionario de aspecto gris, más experto en dar puñaladas por la espalda en la oficina que en cometer arduos asesinatos sobre el terreno. Su tapadera, como la de Gregor, es un puesto aparentemente inofensivo en la Oficina de Valoración Tecnológica. En rea-

lidad, Gregor y él traajan en agencia del gobierno distintas, aunque con, en teoría, la misma tarea: identificar las amenazas tecnológicas y acabar con ellas antes de que emerjan.

Brundle no está solo en la sala. Procede a hacer las presentaciones:

—Greg Samsa es el jefe de nuestra delegación en Londres y especialista en inteligencia científica. Greg, este es Marcus.

El alemán calvo de rostro delgado con el traje elegante asiente con la cabeza y sonríe desde detrás de sus gafas de concha.

Consultor civil. Gregor desconfía a primera vista. Marcus es un desertor, un antiguo espía de la Stasi antes de las purgas de Brezhnev a mediados de los sesenta. Lo que proporciona un cariz interesante a esta reunión.

—Murray Fox, de Langley.

—Hola, —dice Gregor, a la vez que se pregunta qué clase de descabellada masa política crítica está intentando reunir Stone. Langley y la organización de Brundle ni siquiera se hablan, por decirlo suavemente.

—Y otro especialista civil, el doctor Sagan —Greg asiente mirando al doctor, un tipo delgado de brillantes ojos marrones y pelo largo estilo hippie—. Greg tiene algo que decirnos en persona —dice Brundle—. Algo muy interesante de lo que se enteró en Londres. Sin citar fuentes, por favor, Greg.

—Sin citar fuentes —repite Gregor. Coge una silla y se sienta. Ahora que está aquí supone que tendrá que ejercer el rol que Brundle le asignó en el informe confidencial que leyó durante el largo vuelo a casa—. Noticias de una fidedigna fuentde Inteligencia afirman que los rusos tienen —se pone el puño en la boca y tose—. Disculpen—. Echa una mirada a Brundle—. ¿Podemos hablar de la COLECCIÓN RUBÍ?

—Todos tienen la autorización necesaria —dice Brundle secamente—. Por eso pone 'comisión mixta' en el encabezado.

—Ya veo. Mi invitación era algo lacónica—. Gregor reprime un suspiro que parece decir, *si lo único que recibo es una convoca-*

toria urgentísima; ¿como se supone que voy a saber lo que está pasando y quien sabe qué?—. ¿Entonces, qué hacemos aquí?

—Piense en ello como una puesta en común de lo que sabemos —dice Fox, el hombre de la CIA. No parece muy entusiasmado.

—Estamos aquí para averiguar que es lo que está pasando con la ayuda de ciertos recursos de Inteligencia provenientes del otro lado del Telón.

El Doctor Sagan, que había estado escuchando en silencio con la cabeza inclinada como si de un inteligente mirlo se tratara, levanta una ceja.

—¿Sí? —pregunta Brundle.

—Yo, ehm, ¿le importaría explicármelo? Es la primera vez que asisto a uno de estos comités.

La primera vez, sin duda, piensa Gregor. Es un milagro que Sagan haya superado la investigación sobre sus afinidades políticas: es demasiado amigo de esos astrónomos rusos que están claramente controlados por el Primer Departamento de la KGB. Y ha expresado sus dudas (discretamente, por supuesto) sobre la dirección que ha tomado la actual política exterior, algo considerado totalmente inadmisible en la administración McNamara.

—Un CAB es una comisión mixta que depende directamente de departamento exterior de la Oficina Central de Información compuesto por una élite de expertos provenientes de la comunidad de inteligencia —Gregor lo recita en un tono aburrido—. Dejando a un lado los detalles, formamos parte de un consejo de sabios que está por encima de los procedimientos burocráticos y responde ante la Oficina de Valoración Tecnológica, que hace de intermediario con el director de la Central de Inteligencia. El objetivo no es reflejar la agenda de ningún departamen concreto, sino ser un nexo que permita aprovechar nuestros pensamiento lateral. Se formó tras el fiasco de Cuba para garantizar que nunca volvamos a encontrarnos en ese tipo de callejón sin salida porque accidentalmente se tome alguna decisión sin la suficiente perspectiva. Una de las reglas del

proceso del CAB es que tiene que incluir al menos un disidente: a diferencia de los rojos nosotros sabemos que no somos perfectos—. Gregor le lanza una mirada a Fox, que toma la acertada decisión de permanecer callado.

—Oh, ya veo —dice Sagan no muy convencido. Y con más fuerza: —¿entonces por eso estoy aquí? ¿Es esa la única razón por la que me habéis sacado de Cornell?

—Por supuesto que no, Doctor —afirma Brundle lanzando una mirada asesina a Gregor. El desertor de Alemania del Este, Wolff, mantiene un silencio petulante que parece decir «Estoy por encima de todo esto». —Estamos aquí para encontrar recomendaciones políticas que nos permitan abordar el tema principal. El complejo tema principal.

—Los Constructores —dice Fox—. Estamos aquí para determinar que opciones tenemos en caso de que aparezcan y realizar recomendaciones sobre el curso de acción apropiado. Se le ha elegido por su experiencia en el, ehm, el SETI.

Sagan le mira no muy convencido.

—Pensaba que eso era obvio— dice.

—¿Eh?

—No tenemos elección —explica el joven profesor con una sonrisa irónica—. ¿Puede un nido de termitas negociar con una superpotencia nuclear?

Brundle se echa hacia delante.

—¿Esa no es una posición algo radical? Tiene que haber cierta capacidad de maniobra. Sabemos que esto es una construcción artificial, pero presumiblemente los constructores son a pesar de todo seres vivos, aunque tengan la piel verde y seis ojos.

—Dios mío —Sagan se echa hacia delante con la cara sobre las manos. Un momento después Gregor se da cuenta de que se está riendo.

—Disculpe —Gregor echa un vistazo alrededor. Es el desertor alemán, Wolff, o como se llame. —Herr Profesor, ¿podría explicarme que es lo que encuentra tan divertido?

Un momento después Sagan se reclina, mira al techo y suspira.

—Imaginen por un momento un colosal disco de vinilo con un agujero en su centro. Dicho agujero tiene un radio de media unidad astronómica -ciento cincuenta millones de kilómetros-. El radio del perímetro exterior es desconocido, pero probablemente ronde las dos UAs y media, trescientos setenta y cinco millones de kilómetros. El grosor del disco también se desconoce —las ondas sísmicas son reflejadas por una capa rígida similar a un espejo que se encuentra a unos mil trescientos kilómetros de profundidad— pero estimamos una altura de trece mil kilómetros suponiendo que su densidad sea similar a la de la Tierra. La gravedad de la superficie también es similar a la de nuestro planeta, y teniendo en cuenta que hemos sido trasladados aquí y sobrevivido es evidente que se trata de un entorno favorable para nuestro tipo de vida. La única diferencia parece ser el desmesurado tamaño.

El astrónomo se sienta y continúa.

—¿Alguno de ustedes, caballeros, tiene idea de lo ridículamente poderoso que es quienquiera que haya construido esta estructura?

—¿A que se refiere con ridículamente poderoso? —pregunta Brundle, más interesado que molesto.

—Un colega mío, Dan Alderson, hizo el primer análisis. Creo que habrían hecho mejor en traerle a él, francamente. De todas maneras, déjeme detallar varios puntos: El primero es la velocidad de escape. —Sagan levanta un dedo huesudo—. La gravedad en un disco no disminuye en función de la ley del cuadrado inverso, tal y como lo haría en un objeto esférico como el planeta del que provenimos. Tenemos una gravedad similar a la de la Tierra, pero para escapar o alcanzar la órbita necesitaríamos muchísima más velocidad. Como doscientas veces más, de hecho. Cohetes que desde la Tierra podrían alcanzar la Luna simplemente caen del cielo tras quedarse sin combustible. Segundo punto: —otro dedo—. El área y la masa del disco. Si tiene dos caras su superficie es igual a la de

miles y miles de millones de Tierras. Estamos atrapados en el centro de un océano lleno de continentes alienígenas, pero no tenemos garantías de que este entorno hospitalario sea otra cosa que un diminuto oasis en un mundo desconocido.

El astrónomo hace una pausa para servirse un vaso de agua y mirar alrededor de la mesa.

—Para ponerlo en perspectiva, caballeros, este mundo es tan grande que, sí una de cada cien estrellas tuviera un planeta como la Tierra, esta estructura por si sola podría albergar a la población de toda nuestra galaxia. Su masa es tan grande como la de cincuenta mil soles. Es, claramente, imposible: fuerzas físicas todavía desconocidas evitan que se colapse rápidamente sobre si mismo y se convierta en un agujero negro. La fuerza de repulsión, cualquiera que sea, es lo bastante fuerte como para sostener el peso de cincuenta mil soles: piensen en ello por un momento, caballeros.

En ese momento Sagan mira a su alrededor y se percata de las miradas perplejas. Se ríe entre dientes.

—Lo que quiero decir es, que esta estructura escapa a las leyes de la física tal y como las entendemos. Al estar claro que existe, podemos llegar a algunas conclusiones, comenzando por el hecho de que nuestro entendimiento de la física es incompleto. Bueno, eso no es nuevo: sabemos que no poseemos una teoría que lo unifique todo. Einstein estuvo treinta años buscando una, y no la encontró.

»Pero, en segundo lugar —por un momento parece cansado y envejecido—. Solíamos pensar que podríamos llegar a entendernos con cualquier criatura extraterrestre con la que entráramos en contacto: Que serían gente como nosotros, aunque con tecnología más avanzada. Creo que esa es la mentalidad bajo la que todavía estamos trabajando. En el 61 llevamos a cabo una lluvia de ideas durante una conferencia, intentando hacernos una idea de lo grande que podría llegar a ser un proyecto de ingeniería desarrollado por una civilización con tecnología para viajar por el

espacio. Freeman Dyson, de Princeton, propuso algo más grande de lo que ninguno de nosotros hubiera imaginado: algo que necesitaba que nos imagináramos el desmantelamiento de Júpiter y su conversión en un lugar habitable.

»El disco es aproximadamente cien millones de veces más grande que la esfera de Dyson. Y eso sin tener en cuenta el factor tiempo.

—¿Tiempo? —Repite confuso Fox, de Langley.

—Tiempo. —Sagan sonríe de forma algo mecánica—. No estamos precisamente cerca de nuestra galaxia originaria, y quien sea que nos ha desplazado hasta aquí no ha podido alterar las leyes de la física lo suficiente como para violar los límites de la velocidad. A velocidad luz se tardaría aproximadamente 160.000 años en cruzar la distancia entre el lugar donde vivíamos hasta nuestro actual emplazamiento, en la Pequeña Nube de Magallanes. Y, por cierto, esto lo hemos calculado midiendo la distancia a las estrellas variables Cefeidas que conocemos, una vez fuimos capaces de tomar en consideración el apreciable desplazamiento hacia el rojo de la luz y el hecho de que algunas de las que cambiaban su frecuencia lentamente parecían haber sufrido importantes variaciones. Nuestra mejor estimación es de ochocientos mil años, con un margen de error de doscientos mil. Es aproximadamente cuatro veces más del tiempo que lleva existiendo nuestra especie, caballeros. Somos fósiles, un experimento arqueológico o alguna cosa así. Los que nos abdujeron no nos consideran sus iguales, sino sujetos de un vasto experimento. Un experimento del cual desconozco el propósito. Tengo algunas conjeturas, pero...

Sagan se encoge de hombros y se queda en silencio. Gregor mira a Brundle, que niega suavemente con la cabeza. *No deberíamos decir según que*. Gregor asiente. No pasa nada por que Sagan sepa que está en la misma habitación que un espía de la CIA y un desertor de Alemania del Este, pero aún no necesita saber nada del Servicio de Alienación.

—No lo pongo en duda —dice Fox, dejando caer las palabras como piedras en el vacío silencio. —Pero debemos abordar una cuestión, ¿que vamos a decirle al director de la central de inteligencia?

—Sugiero —dice Gregor —que comencemos revisando la COLECCIÓN RUBÍ—. Le hace un gesto a Sagan. —Entonces, cuando estemos metidos en materia, puede que nos hagamos una mejor idea de la información útil que podemos transmitirle al director.

Capítulo 5
Carne de Cañón

Madeleine y Robert Holbright son de los últimos inmigrantes en desembarcar en el nuevo mundo. Mientras ella echa un vistazo al brillante blanco lateral del transatlántico, el horizonte parece girar alrededor de su cabeza, para terminar estabilizándose en una extraña y nueva inmovilidad que le resulta antinatural tras seis meses de mar

Nuevo Iowa ni es llano ni es nuevo: escarpados acantilados se ciernen a ambos lados del puerto antinaturalmente profundp (excavado en la roca por cortesía de General Atomics). Un funicular movido por engranajes sube a Maddy, Robert y sus cuatro baúles a través del acantilado de más de mil metros de altura hasta la meseta y la ciudad portuaria de Fuerte Eisenhower, y desde allí hasta el campamento de orientación.

Maddy está callada y retraída, pero Bob no se da cuenta, habla constantemente de oportunidades y trabajos y sobre hacerse con un trozo de tierra para construir una casa.

—Es el nuevo mundo —acaba diciendo—: ¿por qué no estás emocionada?

—El nuevo mundo —repite Maddy, resistiendo el impulso de decir algo hiriente. Mira por la ventana mientras el tren asciende por la ladera del acantilado hasta que la ciudad se hace visible. Aunque ciudad no es la palabra correcta, ya que implica solidez y permanencia. Fuerte Eisenhower tiene menos de cinco años, una herida leucémica infligida al paisaje por el Cuerpo de Ingenieros. El

edificio más alto es la mansión del gobernador, de tres plantas. Desde un punto de vista arquitectónico es como si mezclara el Salvaje Oeste con la Era de los Radares, sencillas casas de pino contrastan con los grandes compartimentos grises de hormigón llenos de misiles Patriot apuntando hacia el mar para disuadir la inevitable invasión de las hordas comunistas.

—Es tan *plano*.

—Las colinas más cercanas están a más de trescientos kilómetros de aquí, pasada la planicie costera. ¿Es que no has mirado el mapa?

Ella ignora su pequeña indirecta mientras el tren chirría y cruje en su ascenso por el acantilado. Finalmente, con un resuello asmático, se detiene junto a un andén de madera, agonizando con un regüeldo de vapor condensado. Una hora más tarde, agotados y sudorosos, se encuentran en la entrada de un edificio anodino de láminas de madera. Hay un amplio vestíbulo con una fila de mesas, un grupo de funcionarios de la colonia con aspecto aburrido y gente que avanza de una mesa a otra con un montón de papeles en las manos, respondiendo a preguntas en voz baja y recibiendo sellos oficiales. Los aspirantes a colonos se arremolinan como ganado angustiado entre las montañas de equipaje al fondo de la habitación. Maddy y Robert esperan en la cola, incómodos en el calor húmedo de la tarde, escuchando fragmentos de conversación: «¿País de procedencia?... ¿Estudios?...Sí, ¿pero cuál fue su último trabajo?» Religión y raza (casi una cuarta parte de las personas presentes en la sala son refugiados de la India o Pakistán, o de algún otro lugar perdido para siempre en el misterioso Oriente) parecen obsesionar a los funcionarios.

—¿Robert? —susurra ella.

—Todo irá bien —le dice él con falsa seguridad, apropiándose el rol de su padre, intentando aparentar ser el cabeza de una sólida familia. Ella le mira de soslayo, arrebatándole lo que le queda de confianza. Entonces, les llega el turno.

—¿Nombre?, ¿pasaporte?, ¿país de origen? —el tipo del bigote es brusco, y parece aburrido e irritado por el calor.

Robert le sonríe:

—Robert y Madelaine Holbright, de Canadá —dice ofreciéndole los pasaportes.

—Ajá —el funcionario somete los documentos a una inspección a la americana—. ¿Qué estudios tienen?, ¿qué hacían en su último trabajo?

—Yo…eh, trabajaba media jornada en un garaje, mientras estudiaba en la universidad. Hacía el último año de carrera en Toronto, Ingeniería Estructural, pero no hice los exámenes finales. Maddy…Maddy es paramédico diplomada.

El oficial fija su mirada en ella:

—¿Tiene experiencia? ¿Ha trabajado en ello?

—¿Qué? Eh,… no. Me acabo de licenciar —el repentino interrogatorio la pone nerviosa.

—Ajá —el oficial hace una críptica anotación junto a sus nombres en una enorme lista, una lista que se le sale del escritorio y cae colgando hacia el tosco suelo—. ¡Siguiente! —les devuelve los pasaportes y un par de tarjetas y les hace una señal para que se dirijan hacia la hilera de mesas.

Ya tienen a alguien esperando detrás de ellos cuando Maddy puede leer las tarjetas. La suya dice: «ENFERMERA EN PRÁCTICAS». Robert se queda mirando la suya, diciendo:

—No, ¡esto está mal!

—¿Qué pasa, Bob? —mira sobre su hombro en el momento que alguien lo empuja a un lado. Su tarjeta dice: «OBRERO» (trabajador no cualificado); pero no tiene tiempo de leer el resto.

Capítulo 6
Diario del Capitán

Yuri Gagarin se saca los zapatos de una patada, se afloja la corbata, y se reclina en su asiento.

—Hace más calor que en la dichosa Cuba —se queja.

—Usted ha estado en Cuba, ¿no, jefe? — su compañero, aún de pie, sirve un vaso de té helado y se lo pasa al joven coronel antes de prepararse el suyo.

—Sí, gracias Misha —el que fuera el primer cosmonauta sonríe cansino—. Antes de la invasión. Siéntate.

Misha Gorodin es el único hombre en la nave al que pueda importarle un pimiento que el capitán le ofrezca o no un asiento, pero lo agradece de todos modos: con un poco de respeto se llega muy lejos…y su disposición alegre y actitud amistosa lo diferencian bastante de otros cabronazos con los que Misha ha tenido que lidiar antes de él. Hay un tipo de oficial que piensa que porque seas un zampolit[1] ya está por encima de ti. Pero Yuri no funciona así: en cierto modo es el prototipo del Nuevo Hombre Soviético, el progreso personificado. Lo que le hace la vida más fácil, porque Yuri es uno de los pocos comandantes navales a los que no ha de preocuparle lo que piensen de él sus comisarios políticos, y las cosas podrían tornarse mucho más difíciles sin el engrasado del respeto que ayuda a girar ese engranaje. Además, Yuri también es comandante del único buque de guerra operado por el Cuerpo de Cosmonautas, una rama de las Tropas Estratégicas de Cohetes, otra mayús-

[1] Comisario político de la antigua URSS. Normalmente destinado a enseñar los principios del Partido a un destacamento militar. (Nota del Traductor)

cula excepción al protocolo militar estándar. En cierto modo, este destino parece querer romper todas las reglas…

— ¿Y cómo era eso, jefe?

—Un calor del demonio. Húmedo, como este. Hermosas mujeres, pero un montón de camaradas morenos que no se duchaban con la debida frecuencia: todo muy alegre, pero no podías evitar mirar al mar por encima del hombro. ¿Sabías que allí había una base americana, incluso ya por aquel entonces? Guantánamo. Ahora ya no tienen la base, pero dejaron todos los escombros —por un momento Gagarin parece sombrío—. Hijos de puta.

—Los americanos.

—Sí, jodiendo de ese modo una pequeña isla indefensa, simplemente porque a nosotros ya no podían tocarnos. ¿Te acuerdas cuando tuvieron que repartir pastillas de yodo entre los niños? Y eso no era Leningrado o Gorki, con la nube de residuos radioactivos: era La Habana. Yo creo que no querían admitir lo mal que estaba la cosa.

Misha da un sorbo al te.

—Nos salvamos de milagro —al carajo con la moral, por lo menos es aceptable admitir eso delante del comandante, en privado.

Misha había tenido acceso a algunos de los informes de la KGB sobre la capacidad nuclear de los Estados Unidos de entonces, y se le hiela la sangre al pensarlo; mientras Nikita fanfarroneaba exagerando las defensas nucleares de la Madre Patria , los americanos ocultaban la verdadera magnitud de su arsenal: de sí mismos y frente al resto del mundo.

—Sí. Las cosas se estaban poniendo bien feas, de eso no hay duda: de no despertarnos por aquí, ¿quien sabe lo que hubiera podido pasar? Por aquel entonces nos superaban en potencia armamentística. No creo que fueran conscientes de ello —se disipa la oscura expresión de la cara de Gargarin. Se queda mirando tras la portilla abierta, la única que abre en una cabina privada, y sonríe—: pero esto no es Cuba.

El cabo que se eleva sobre la bahía es la prueba de ello: no hay isla tropical en la Tierra que pudiera cobijar una vegetación tan extraña. O tales ruinas

—Desde luego que no. Pero, ¿y qué me dice de las ruinas? —pregunta Misha, apoyando su vaso de té sobre la mesa de mapas.

—Sí —Gargarin se inclina hacia delante—, quería hablar con usted de eso. Ciertamente, si nos dedicamos a explorar no estaríamos incumpliendo nuestras órdenes, pero estamos un poco cortos de arqueólogos con experiencia, ¿cierto? Vamos a ver: estamos a cuatrocientos setenta mil kilómetros de casa, seis zonas climáticas principales, cinco continentes, y va a pasar todavía mucho tiempo antes de que tengamos colonos por aquí, ¿no es cierto? —se detiene con delicadeza—. Y eso, aunque fueran fundamentados los rumores sobre la reforma del sistema penal.

—Ciertamente, estamos ante una elección difícil —concuerda Misha amistoso, ignorando a propósito el último comentario del capitán—. Pero podemos dedicarle algo de tiempo. No hay nadie ahí fuera, al menos dentro del rango del vuelo de reconocimiento de ayer. Yo apostaría por la prudencia del teniente Checkhov: es un hombre de una disposición excelente.

—No veo como podríamos marcharnos sin examinar las ruinas, pero tenemos recursos limitados y, en todo caso, no quiero hacer nada que provoque que la Academia nos llame la atención. Nada de cavar en busca de tesoros hasta que lleguen los lumbreras.

Gargarin canturrea desentonado por un momento, y a continuación se da una palmada en el muslo.

—Creo que haremos algunas grabaciones para la fiesta de cumpleaños del camarada secretario general. Primero aseguraremos un perímetro alrededor de la playa, le daremos a esos malditos spetsnaz[2] una oportunidad de ganarse todo el vodka que se están bebiendo. Y entonces usted y yo, podemos llevarnos al grupo de ciencias de primria a las ruinas más cercanas, con luces y cámaras, ha-

[2] Fuerzas militares especiales de la URSS. (N. del T.)